

El P. Maestro Fr. Alonso Cabrera

Se impone una jerarquización de valores. Un nuevo sistema filosófico se abre paso en el mundo del pensamiento. La calurosa acogida que le han dispensado figuras destacadísimas del campo científico, permiten dudar de si realmente se trata de un sistema nuevo, o mejor, de una tesis adicional. En consecuencia, ¿se ha descubierto alguna verdad filosófica, o sencillamente, se ha buscado un nuevo modo de exponer la vieja filosofía? Díganlo los partidarios de la «Filosofía de los valores» que así han bautizado su nuevo sistema o tesis.

Lo cierto es que viene con un sentido hondo de justicia. Trae una preocupación; la de enmarcar exactamente en nuestra vida los valores que hasta ahora habíamos pasado por alto o al menos no supimos apreciar con justeza. Valores muy próximos a la escala de la espiritualidad que resbalan, por ende, cuando se les quiere aprisionar en moldes creados por el capricho o por el egoísmo.

El genio, el arte, el amor, no siempre sentaron bien sobre el platillo de la balanza histórica, ni aun cuando se les miró con ojo limpio y sana intención.

La historia puede ser museo y puede ser panteón. De hecho presenta valores indiscutibles, al paso que esconde —no sé si por avaricia o por temor a una profanación— las glorias más salientes que constituyen, a las veces, guión de un siglo o de una época.

Se hace, pues, necesaria una revalorización y, en multitud de casos, una perfecta exhumación de valores históricos que hoy permanecen escondidos, pero que mañana saldrán a luz con el interés y la novedad de los estratos fósiles, indicadores de una cultura, íntimamente ligados al vivir de su tiempo.

Mientras la nueva filosofía se ocupa en la extimación y aprecio de los valores, los amigos del legajo y del pergamino, «los buzos del tiempo», vayan haciendo también justicia.

Justicia pedimos, en primer lugar, para una de las figuras de mayor valía en los púlpitos de nuestro siglo de oro; para el P. Maestro Fr. Alonso de Cabrera, O. P. predicador en la real corte de Felipe II.

«Hay tanto que decir hoy de sus vibraciones e inquietudes artísticas —escribe el benemérito P. Getino— que los datos externos nos estorban» (1).

Bástenos saber que nació en Córdoba, de la noble familia de los Cabrera, mediando el siglo XVI, tomó el hábito dominicano en el convento de San Pablo de la misma ciudad; pasó a estudiar los cursos teológicos al celeberrimo Colegio de S. Esteban de Salamanca bajo la dirección del gran Maestro Fr. Bartolomé de Medina, que hizo confianza de él entregándole los borradores de sus «Comentarios a la parte tercera de la Suma de Santo Tomás» para que los corrigiese y pusiese en forma de poderlos imprimir, haciendo sus índices y tablas. Fué luego a la isla de Santo Domingo donde dió comienzo a su brillante carrera de púlpito. El P. Getino afirma que ésto ocurrió después que el P. Cabrera terminó sus estudios; la crítica histórica, sin embargo, y los mismos biógrafos del Maestro no están acordes en este punto. En todo caso, la misión apostólica a América le fué encomendada antes de su ordenación sacerdotal.

Pronto volvió a la Península para ocupar cátedras en su ciudad natal y la de Prima en la Universidad de Osuna, «donde remansaron sus ideas e impresiones y se acabó de fijar su personalidad inconfundible». Fué prior de Portaceli y Reginaceli de Sevilla, de Santa Cruz de Granada, donde presidió el Capítulo provincial de 1597. Falleció en Santo Tomás de Madrid a consecuencia de un sermón que le encargó la emperatriz María, en las Descalzas Reales. Era el 20 de noviembre de 1598. Aun no había cumplido los cincuenta años. En 1606, el P. Fr. Alonso Portocarrero, prior del convento de Almagro, trasladó a esta ciudad sus restos mortales. «Aquí —dice D. Miguel Mir— recibió cristiana definitiva sepultura» (2), mientras que el P. Getino (3) sostiene que «más tarde fueron llevados a su amado convento de S. Pablo de Córdoba». Ignoramos los argumentos que militan a favor de una y otra tesis.

La sólo personalidad del P. Cabrera es más que suficiente para desmentir el aserto de Ticknor, que hace punto menos que imposible en la España de los siglos XVI y XVII la elocuencia del púlpito.

«La religión —dice este historiador— fué allí un conjunto de misterios, formas y penitencias que rara vez y nunca con éxito, se empleaban aquellos medios de mover el entendimiento y el corazón que se usaron en Francia e Inglaterra desde mediados del siglo XVII».

Mir califica esta afirmación de exorbitante e imperdonable en un

escritor que dió muestras de conocer como pocos españoles la historia nuestra.

Pero Ticknor fué protestante y, para usar una frase llena de gracia, de viveza e ironía que trae con frecuencia en sus sermones el propio P. Cabrera: «de raza le viene al galgo ser rabilargo»...

Ticknor no debió conocer las incomparables piezas oratorias del predicador de Felipe II, pues ni siquiera las menciona en su «Historia de la literatura española». Ni aun nuestros propios historiadores se acordaron del Maestro Cabrera, y solo entrados ya en el siglo XX se comienza a hacer justicia al hombre que «mejor ha hablado y más bien conversado en la lengua castellana, el que la ha manejado con más garbo y gentileza y, al propio tiempo, con más llaneza y naturalidad» (5).

A los hermanos Mir—dice el P. Getino—debe el P. Cabrera el volver a estar de moda después de tres siglos de olvido o poco menos.

Tanto entusiasmaron a D. Juan Mir las formas literarias de Cabrera y fué tanta la riqueza, la armonía, la pulcritud, la espontaneidad y la perfección que en ellas encontró, que escribió en el primer tomo de su «Prontuario de la lengua castellana»: «Cervantes al lado de Cabrera viene a ser como una especie de urraca al lado del águila real». Un tanto exagerada nos parece la frase; pero estamos con el P. Getino cuando condena la idolatría cervantesca de tantos hombres de estudio que debieron medir distancias y aquilatar términos.

Mientras Cervantes, en vulgar razonamiento, tiene que servirse de las más raras invenciones para hacer entretenida su lectura, Cabrera expone con la mayor gracia y naturalidad las prédicas graves y enojosas que son tema obligado del púlpito. Anteponer el autor del Quijote al autor de la «Oración fúnebre de Felipe II», le parece al P. Getino «una subversión de valores del todo anticientífica».

No es Cabrera tan elocuente como Fr. Luis de Granada, ni tan vehemente y afectuoso como el Maestro Juan de Avila, ni tan atildado como Fr. Luis de León; pero a todos ellos excede en naturalidad de expresión, en copiosa variedad de vocablos, en libertad de la construcción y de la síntesis, en la galanura que puede dar a la frase una imaginación rica, fecunda y amena.

Con el Maestro Cabrera la lengua española llegó a su cumbre, «al modo de decir y frase que se puede desear», como afirma el doctor Hollés. El P. Getino, por su parte, no duda en calificar a Cabrera

del mejor «prosista dominicano de la lengua castellana, atendiendo a la soltura, garbo y riqueza de palabra».

No resistimos a la tentación de traer aquí algún párrafo cogido al azar entre los sermones de nuestro incomparable predicador, que testimonie cumplidamente cuanto de él lleva dicho. Para ejemplo, valga el siguiente:

«Este ha sido siempre el estilo de los perdidos mundanos, de una singular hacer una regla que todo lo comprende: los discípulos, los frailes, los clérigos, los canónigos. ¡Válaos Dios! Un canónigo será quien viva mal, quien más que a la tasa vendía el trigo; pero ¿de ahí decir los canónigos? Gran sinrazón es. Un fraile habrá descuidado, o quizá otro en el confesionario pague por ellos; pero, decid, ¿no hay fraile bueno? Por más que falso testimonio lo tengo yo, y aun digno de quien pueda os pregunte a vos: ¿De donde deprendiste ese brocárdico? ¿Quién os mostró ese aforismo? No salió de esa aljaba ese tiro, sin duda. Una rapaza, que no ha quince días que traíades las lagañas en los ojos como gata, ¿ya sabéis esa buena doctrina? Ma, haya maestro que tal os enseña, y aun, como dice la gente del campo, mal haya un leño. Y decidme, santa mirlada, que pensáis que está la santidad en ponerlos en figura de carne momia, aquellos benditos de acullá del maestrazgo ¿eran frailes? Mi fe, celosos frailes los olieron y cazaron, y piadosos frailes no los asaron» (6).

En otro lugar se dirige a los jóvenes y les echa en cara su roto vivir con estas palabras tan enérgicas y tan hirientes: «Esos mocitos no hay más memoria de Dios que si fuesen turcos. Solo se acuerdan de El para jurar y perjurarse; comedores bebedores, tahures, deshonestos, y no como quiera, sino con escándalo, haciendo escuela pública de pecado. Y no pasa la otra por la calle, que luego no la sigan. No se pone la otra en la ventana, que luego no le paseen y hagan señas. No viene a misa y a sermón, que no le hagan cocos y digan motes y le den encuentros. Y aun la sentarán a sus pies, pues no son los de Cristo, para que se ponga a ellos la Magdalena. Vayan los pimpollos, vayan en agraz mal logrados...» (7).

La doctrina teológica del Maestro Cabrera está calcada en Santo Tomás y la distribuye con abundancia y acierto a lo largo de sus «Consideraciones».

Nota peculiarísima del predicador cordobés, es el diálogo en el púlpito. Sus sermones vienen a ser una especie de conversaciones llanas, familiares, sencillísimas, pero nunca bajas, ni incultas, ni mucho menos vulgares o chocarreras. A veces desarrolla estos dialo-

guismos con tres o más personajes, comunicándoles un aire realista lleno de vida y de gracia.

Su erudición escriturística es, ciertamente, maravillosa. Para cualquier idea encuentra un texto. «No parece—dice Mir—sino que se tenía aprendida de memoria toda la Biblia, y que sus textos o ejemplos le acudían como llamados».

Cabrera tomó como modelo de su predicación la homilia, que es precisamente el método tradicional empleado con tanto éxito por los Santos Padres. Por donde el cuerpo del sermón, distribuido en «consideraciones» resulta uniforme dentro de una sencillez que acrecienta el valor y la elegancia de estas piezas inimitables.

Comienza siempre por una exposición breve de la materia, e invocado el auxilio de la Sima. Virgen, da principio al desarrollo de una idea muy ajena al asunto que va a tratar; y luego, como a hurtadillas, se mete de lleno en el cuerpo del sermón que solía durar una hora aproximadamente.

Su libertad apostólica en la cátedra sagrada ha llamado la atención de cuantos estudiaron al P. Cabrera. Mir dice que «esta libertad es sobre toda ponderación; es tal que quizá no haya habido predicador que haya tenido en el púlpito tales atrevimientos si atrevimientos han de llamarse los que son santos desahogos de un corazón inflamado en el amor de Dios, defensor de su honor y gloria y celosísimo del bien de las almas de sus hermanos» (8) Otro párrafo suyo, valiente y realista, nos lo dirá mejor:

«Nunca el mundo ha estado peor que agora; más codicioso, más deshonesto, más loco y altivo; nunca los señores más absolutos; los caballeros, más cobardes y sin honra; nunca los ricos más crueles, y avaros; los mercaderes, más tramposos; los clérigos, más perdidos; los frailes, más derramados; las mujeres, más libres y desvergonzadas; los hijos, más desobedientes; los padres, más remisos; los amos, más insufribles; los criados, más infieles; los hombres todos, más impacientes y enemigos que les toquen ni aún les amenguen con la reprehensión. Y los predicadores vivimos en sana paz, estimados, queridos, regalados, ofrendados; nadie nos quiere mal, todos nos ponen sobre la cabeza. No hacemos el deber y no hacemos herida, ni sacamos sangre. (9) A continuación se mete con los confesores sin perdonar a los mismos obispos. Esta libertad santa no flaqueó ante la colosal figura del gran monarca Felipe II, que no sufría lisonjas y tanto aborrecía la vanidad en todas las cosas. (10)

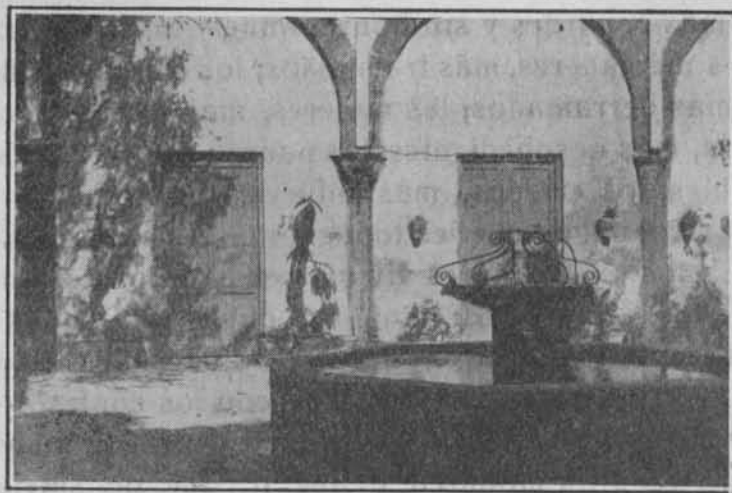
La aristocracia literaria en nuestro siglo de oro no puede, en ma-

nera alguna, despreciar las ricas aportaciones del orador cordobés al tesoro de nuestras letras, ni hay porqué relegar al olvido sus obras magistrales. Es preciso que su personalidad ocupe lugar distinguido entre las primeras figuras de nuestra cultura literaria.

Fr. Ceferino Anciano.

(«Veritas», Revista de los Estudiantes Dominicanos de la Provincia Bética. Enero-Febrero 1947).

-
- (1) Navidad y Año Nuevo. Introducción pág. V.
 - (2) Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera. Biblioteca de Autores Españoles. Discurso preliminar pág. XXXI.
 - (3) Op. c. pág. vi.
 - (4) Historia de la Literatura Española. Segunda época. cap. XXXVII.
 - (5) Op. c. pág. XVIII.
 - (6) Consideraciones del Miércoles después del Domingo tercero de Cuaresma.
 - (7) Consideraciones del Lunes después del segundo Domingo de Cuaresma.
 - (8) Op. c. pág. XXII.
 - (9) Consideraciones del Martes después del Domingo de Pasión.
 - (10) El veneciano Soranza, poco amigo del monarca español, dijo de él: «Ha aborrito la vanitta tutte de cose». Cfr. «Estudios sobre Felipe II, traducidos del alemán por Ricardo de Hinojosa, pág. 282.



Patio de la Casa de los Cabrera, en Córdoba.